

Enfermos del Estómago e Intestinos

TOMAD LA ESTOMACALINA ALFAGEME

ES UN EXCELENTE REMEDIO PARA LA DISPEPSIA, ARDORES, ACEDIAS, HIPERCILORHIDRIA, NAUSEAS, VOMITOS, DIGESTIONES DIFICILES, ETC. CURA RADICALMENTE LOS CATARROS GASTROINTESTINALES, DIARRHEAS, COLICOS.

PRECIO: CUATRO PESECHS FRASECO :: :: ::
:: :: DE VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

SU AUTOR
Romanones, 13. - MADRID

ESTE PREPARADO ES EL UNICO ENSAYADO EN LA MAYORIA DE LOS HOSPITALES DE ESPAÑA

Para quitarse ese grillete...

Lo mejor es beber en cada una de sus comidas la mejor agua mineral que se prepara usted mismo vertiendo en un litro de agua un paquete de **Lithinés del Dr. Gustin**

Así se curará rápidamente todas las afecciones dolorosas que tengan como origen este veneno: el ácido úrico. **REUMATISMOS, GOTA, PIEDRA.**

La caja de 12 paquetes para hacer 12 litros de agua mineral: :: 1 peseta. ::



Depositarario único para España: **DALMAU OLIVERES**, 14, Paseo de la Industria, 14 BARCELONA y en todas las buenas farmacias y almacenes.

LOCOMÓVILES OTTO WOLF

EXISTENCIAS PARA ENTREGA INMEDIATA APARTADO 197. - BARCELONA

EL DEFENSOR DE GRANADA

Reyes Católicos, 8, principal

En esta imprenta se hacen con el mayor esmero toda clase de trabajos tipográficos, a precios reducidos.

Tarjetas, circulares, membretes, prospectos, facturas, y toda clase de trabajos de imprenta.

A los señores comerciantes e industriales, conviene anunciar en **EL DEFENSOR DE GRANADA**, por la importante tirada de ejemplares de este periódico.

En nuestras oficinas Reyes Católicos, 8, principal, suscriba a la revista *La Moda Práctica* que por su baratura y utilidad no debe faltar en ninguna casa.

PRECIOS DE ESTA SUSCRIPCION

En Granada, un mes, 0,50 pesetas.
Provincias, tres meses, 2,25 ídem,

Los propietarios de fincas urbanas encontrarán en nuestras oficinas recibos de inquilinato, al precio de 75 céntimos libreta de 100 hojas.

LA MODA PRACTICA

Es el periódico más útil a las señoras y el más económico. Las ilustraciones son profusas y sus patrones trazados y cortados los más prácticos. Temporalmente ofrece regalos a sus abonadas. Precio de suscripción: En Granada, 0,50 ptas. al mes :: Fuera de la capital, 2'25 trimestre.

Se suscribe en la Administración de **EL DEFENSOR**

SOCIEDAD EDITORIAL DE ESPAÑA

Oficinas: Colegiata, 7
Casa del HERALDO DE MADRID

Pida al comprar en nuestros Almacenes la

LIBRETA DE AHORRO

LA PAZ

Quando dos partes tienen un mismo deseo, es de suponer que van a ponerse de acuerdo muy pronto. Y a un acuerdo se llegó entre Jaime y Antonio.

Convinieron en que Jaime iría a París para poner en orden sus asuntos y su fortuna; regresaría luego a Brussieu acompañado de una pariente suya, a la cual la pediría oficialmente y, a renglón seguido, se casarían. Confiando en esta conclusión simpática, Jaime acompañó a la familia de Brussieu al castillo de Azergues, en el que se celebraban espléndidas fiestas con motivo del reciente casamiento de Hermelina Léveran con el conde Petrus de Azergues.

XXVII

EL AMOR DE ANDREA

Mientras du aron las fiestas de Azergues, Léonie vivió en completa em' naguez. Prometida al hombre que la amaba, feliz de encontrar otra vez a su amiga la bella Hermelina, pasó ocho días de verdadero bienestar. Por fin tuvieron que separarse. Jaime volvió a París. En los últimos días de su permanencia en Azergues, sintióse embarazado ante Léonie. Si la jovencilla no hubiese sido

tan cándida, habría adivinado en ese repentino malestar, los progresos que hacía, en el corazón de su prometido, el amor de otra mujer.

Los sentimientos de Jaime libraban rindo combate.

Pero, ¿cómo volver atrás su palabra sin quebrantar las más simples leyes del honor? ¿De qué términos valerse para decir a Antonio que el solo aspecto de otra mujer bastó para hacerle cambiar totalmente?

Por otra parte, analizando sus impresiones, Jaime no se sentía dispuesto a renunciar así como así al amor de Léonie.

Si Andrea aguzaba en él todas las fibras de su pasión, Léonie respondía a los deseos, a las aspiraciones honestas de su ser.

A merced de estas desazones, aunque enojado por el imperio que sobre sus sentidos ejercía esta mujer extranjera, sintióse dichoso al entrar de nuevo en París.

Ratificó su compromiso con Antonio, de manera solemne; obtuvo de Mme. de Brussieu autorización de cartearse con Léonie, y juró que, antes de dos meses, estaría de vuelta en el castillo.

De igual modo que las gentes débiles, se contentaba con tener algún tiempo por delante; y aun afirmándose a sí mismo que Léonie de Brussieu sería irrevocablemente Mme. de Monsol, no se apercebía contra la esperanza de que Andrea correspondiera a sus amores.

Con un temperamento como el de la condesa de Azergues—se decía,—una pasión no debe durar mucho tiempo. La saciedad viene en seguida y el olvido es inmediato; así, luego enterraré de una manera encantadora mi vida de soltero. Creo que es mucho más acertado proceder de esta suerte. Una impresión como la que me causa esta mujer me obsesionaría mucho tiempo si no tomara esta determinación.

Jaime no había hecho, hasta entonces, sino conquistas fáciles. Figuróse que Andrea cedería después de algunas escaramuzas.

Esto era como jugar con fuego, y bien cuidó Andrea de hacerse lo ver. Jaime, que al principio sólo estaba animado por súbita fantasía, vió cómo semejante fantasma se trocaba en el único objetivo de su existencia.

Andrea había vuelto a París. Sacando buen provecho de las considerables rentas del tío Bertrand, hizo de su hotel uno de los más lujosos en París.

Jaime, que, con cierta fatuidad, se concediera a sí mismo ocho días para triunfar de la Condesa, no estaba muy adelantado al cabo de los dos meses.

Quando comenzó su correspondencia con Léonie decía en sus cartas una infinidad de bagatelas adorables, como de amantes de veinte años; pero, al poco tiempo, lo que había sido un placer era un esfuerzo, un embarazo, un enojo, y así necesi-

taba Jaime de toda su fuerza de voluntad para trazar solamente unas veinte líneas banales; que no ya, como algunas semanas antes, cuatro páginas de letra menuda, las cuales apenas si bastaban para sus desahogos amorosos.

Muy pronto fué olvidándolo todo. Sólo de tarde en tarde escribía a Brussieu. Sometióse en absoluto al yugo de Andrea, compartió sus resentimientos, sus odios, se indignó cuando ella, se aprestó a la venganza, le puso a los pies su fortuna, su honor, su vida en fin, todo, y le prometió elevarla más aún.

Andrea no hizo sino reirse de este entusiasmo; hartos cuidados le costó el procurarse una situación regular, y no estaba dispuesta a abandonarla por una locura.

No quiere esto decir que Jaime no hubiese despertado en su alma cierto amor. Por el contrario, sentíase presa de una pasión parecida a la que la dominaba cuando era la amante de Luciano de Charryx.

Empero esta vez no iba a la caza de un marido, por consiguiente debía tomar sus precauciones.

De buenas a primeras exigió que Jaime fuese el amigo íntimo de su esposo.

Jaime obedeció sin resistir. De tal suerte estaba dominado, que no hizo ninguna objeción, aun a pesar de sus principios de honradez y lealtad. Andrea ejercía una influencia funesta en todos cuantos se le acerca-

ban. Jaime debía sentirla más que nadie.

Más ciego que nunca, acabó por ser el inseparable del Conde. Siempre, como un tercero en la familia, acompañaba a Andrea por todas partes, celoso de todos cuantos se le acercaban, celoso de su belleza, celoso de sus hombros que descubría para presentarse ante la gente de su mundo, celoso aun de una sonrisa dirigida a su marido, a Joanny mismo.

Joanny no era ya sino la sombra de lo que fué. Delgado, pálido, iba por doquiera sin abrir boca, no perdiendo de vista a su conyuge, más celoso todavía que el mismo Jaime.

Por lo demás, el marido aborrecía instintivamente al amante; a este odio Jaime correspondía no más benévolo y, a través de las palabras afectuosas le obligaban a cambiar, a diario, solamente Andrea columbraba la sorda irritación, la cólera latente que ambos sentían.

Por cierto estaba ella muy segura de su imperio, pues con una sola palabra, una mirada simplemente, los calmaba cuando presentaba una tempestad pronta a desencadenarse.

Así pasó el invierno. Tío Bertrand, remozado, figuraba en todas las fiestas. Andrea, como abandonándose al flujo y al ruido de los placeres, proseguía su objeto: conquistar una elevada posición para que se la honrara y respetara.

El gran mundo parisién es más in-

dulgente que el de provincias. Con siguió Andrea que en todas partes la acogieran bien, gracias a las secretas influencias de Malaguerrri y su habilidad personal.

Jaime le abrió muchísimas puertas; y todo hubiera sido gloria para Andrea, a no mediar la oposición de la vizcondesa de Azergues Hermelina Léveran.

Joanny perdió por completo sus energías. Tío Bertrand no figuraba en tales asuntos; sólo Jaime era un apoyo serio. Como confidente que era, de la Condesa, se indignaba a menudo.

Cien veces propuso a Andrea ir a abofetear a Petrus y a batirse a muerte con él, para poner fin a las habladurías de Hermelina.

En pocas palabras, prohibía a Jaime que se interpusiera en sus cuestiones y en estos casos, saliendo de su habitual reserva, pronunciaba algunos vocablos que azoraban al amante.

Además, sentíase Jaime en un ambiente singular. Manita, esta doncella rara, la tenía inquieto. El abate Malaguerrri con sus pasos y sus idas y venidas, parecía ocuparse en una obra algo turbia.

Las pocas palabras que pronunciara Andrea en un momento de fiebre le abrieron los ojos. Un instante pensó en alejarse, pero ese rasgo de energía no duró más que un día, pues al siguiente volvió a sus cadenas sin pronunciar siquiera una palabra de desaprobación.

La escena que tuvo lugar en los Italianos, a sus mismos ojos, vino a sumar a los enfados de Andrea. Pero, esa vez, había tomado ella la delantera y, disimulando sus recuerdos, supo callarse para obrar luego, mejor.

La bella estación llevó a los castillos de Lucenay, a sus dominios. Andrea proseguía su plan; se aseguró del concurso de ese monstruo encontró en el bosque de Montverne.

Malaguerrri y Manita continuaron su obra secreta. Llegó Octubre y los crímenes de Azergues tuvieron efecto. Súbitamente una extraña fatidicidad perseguió a todos los enemigos de Andrea.

Luciano de Charryx, Petrus, Hermelina, el marqués Claudius, y hasta Joanny, se resentieron de los golpes de una potencia formidable cuya personalidad no se descubrió, por lo que se hizo.

Léonie, durante esta estación, vivió feliz y tranquila, un poco inquieto por los largos silencios de Jaime, pero animada, por las buenas palabras de Antonio.

—Vamos, querida hermanita, volverá tu novio; no temas. Mientras tanto, Antonio no sabrá en verdad, qué creer. Varias veces había escrito a Jaime y éste le contestó siempre de una manera evasiva.

Se enteró de la estancia de M. Monsol en Lucenay, al lado de la Condesa Andrea de Azergues.